

La filosofía analítica en España hoy

Juan José ACERO FERNÁNDEZ

Universidad de Granada

En estas páginas voy a exponer algunas reflexiones sobre el origen y el estado actual de la filosofía analítica en España, después de cuatro décadas de gobiernos democráticos y las políticas educativas e investigadores que han promovido promovidas. Estas reflexiones no resultan de consultar ninguna muestra de pensadores y académicos con esta filiación filosófica. Hablo en nombre propio. He sido testigo continuado de la consolidación de este manera de entender y practicar la filosofía analítica en las universidades y otras instituciones españolas y he participado en ese proceso. En ello me apoyaré. Como inevitablemente mi historia personal habrá de deformar la imagen que ahora trataré de presentar, el lector de estas páginas haría bien contrastando mis juicios con los de otros colegas más competentes que yo mismo.¹ Antes, no obstante, de iniciar mi exposición, quiero hacer dos salvedades: una de método y otro de contenido.

Según el plan al que me aplicaré, no haré de mi rendición de cuentas en una galería ni de personas ni de departamentos universitarios u otras instituciones filosóficas. Al menos, trataré de reducirla dentro de lo razonable. Algo de esa labor que aquí quedará pendiente la he hecho no hace mucho a instancias de la Academia Rusa de Ciencias (en Acero, 2014), y no me repetiré. Me centraré en las grandes líneas de cambio experimentado en el terreno de las ideas, así como en el modo de entender y practicar la filosofía.² Además de esto, traeré a colación aquellos factores que han orientado o facilitado la actividad de los filósofos analíticos hacia los cauces académicos hoy existentes.

¹ Carlos Moya y Manuel García-Carpintero seguramente pueden aportar a esta rendición de cuentas datos y puntos de vista significativamente diferentes de los míos.

² En lo referente a publicaciones sólo tomaré en consideración libros o estudios monográficos, no artículos de revista, capítulos de libro u otras publicaciones menores. También ignoraré los manuales, de los cuales se han publicado unos cuantos, en general, excelentes, de lógica, filosofía del lenguaje, filosofía de la mente y epistemología.

En lo referente al contenido, comienzo separando la lógica de la filosofía analítica. Debe hacerse tal cosa, porque la identificación —o quizá una firme alianza— de ambos campos de estudio fue tomada en serio por muchos hacia los años sesenta y setenta (del pasado siglo).³ La justificación de esa opinión procedía del crédito dado a la obra de Rudolf Carnap, y otros positivistas y empiristas lógicos, en algún ámbito académico. Tras el período en que escribieron el *Aufbau*, Carnap vino a proponer que la filosofía era análisis lógico del lenguaje, siendo ésta la forma de poner fin a los supuestos desmanes de la metafísica.⁴ Tan sólo Carnap y otros miembros de los Círculos de Viena y de Berlín, y luego sus seguidores en las universidades norteamericanas, vieron en la lógica y en sus técnicas de análisis algo más que meras herramientas. Y antes que Carnap llegara a este posicionamiento, idéntica convicción guió los pasos de Frege, Russell y el Wittgenstein del *Tractatus*. A ello subyacía el desiderátum de hacer de la filosofía una empresa científica. La matemática y la ciencia natural fueron adoptadas como modelos para la actividad filosófica. Sin embargo, desde la década de los cuarenta este modelo fue ignorado, especialmente entre los filósofos del brillante grupo de Oxford. La formación de éstos era esencialmente humanística y adquiría una forma particular gracias al conocimiento de las lenguas clásicas y al desarrollo de capacidades interpretativas. No es de extrañar que para filósofos de este género —por ejemplo, Ryle— el rival filosófico a batir no fuera Heidegger, sino Carnap. Todo ello avala que la mera lógica —al margen de toda aplicación en la arena filosófica— constituya un criterio de identidad de la filosofía analítica, entendida en términos generales. Si trasladamos a la filosofía española de las décadas intermedias del siglo XX esta separación de lógica y filosofía analítica, haríamos mal considerando a filósofos como Juan David García Bacca, José Ferrater Mora o Miguel Sánchez Mazas introductores de la filosofía analítica en España. Sus textos de lógica matemática, valiosos en sí mismos, no son suficientes para reconocerles esta condición. Ese reconocimiento exige una vinculación más estrecha entre el instrumental lógico y el análisis filosófico. Veamos este nexo con mayor detalle.⁵

Los introductores de la filosofía analítica en España

En la introducción de la filosofía analítica en España desempeñaron un papel protagonista cinco personas, en general ligadas a departamentos de lógica de nuestras universidades: en Madrid, Javier Muguerza, José Hierro Sánchez-Pescador y Alfredo Deaño; en Barcelona, Jesús Mosterín y Manuel Sacristán; y en Valencia, Manuel Garrido y José Luis Blasco. Hacia finales de los años sesenta y primeros años de la década siguiente, la filosofía analítica era accesible en España gracias a compilaciones procedentes de Argentina y México (Bunge, 1960; Ayer, 1965; Simpson, 1974). Durante los años sesenta Sacristán tradujo varios libros de Quine, entre ellos la mítica colección de ensayos titulada *Desde un punto de vista lógico* (Quine, 1951/1962); por su parte, Muguerza había hecho otro tanto con una muy importante colección de ensayos de Russell: sus *Ensayos de lógica y conocimiento* (Russell, 1956/1966). En la década siguiente Mosterín y Ulises Moulines tradujeron una selección de ensayos

³ En lo que sigue, las indicaciones temporales siempre se harán al siglo XX.

⁴ Para una muestra, véase su manifiesto Carnap (1935/1963). A esta etapa pertenece su ensayo “La superación de la metafísica mediante el análisis lógico del lenguaje”, donde se encuentra su conocido ataque a Heidegger (Ayer, ed., 1975, 75 y ss.).

⁵ La comparación de estos textos, o los de otros autores, como los de Garrido o Mosterín, con el de Strawson (vease Strawson, 1966) es suficiente para marcar la diferencia entre cómo ve la lógica un lógico y cómo la entiende un filósofo analítico .

lógico-semánticos de Frege; y Muguerza presentó su compilación *La concepción analítica de la filosofía* (Muguerza 1974), que permitió acceder a un buen puñado de ensayos de filósofos analíticos de orientaciones diversas. (En aquellos años las bibliotecas universitarias, con la excepción de la del CSIC y las de algunos particulares, como Sacristán y Garrido, estaban desprovistas de los fondos necesarios; y el acceso a las revistas especializadas fue un logro que se alcanzó décadas más tarde.) Con anterioridad a estos primeros pasos el principal hito a fue la publicación por Revista de Occidente del *Tractatus logico-philosophicus* de Ludwig Wittgenstein en 1957, cuya edición inglesa de 1922, debida a C. K. Ogden y a las recomendaciones de Frank Ramsey, Enrique Tierno Galván tradujo al español. (Wittgenstein, 1922/1957). En el momento de la publicación de la edición española la obra no tuvo apenas impacto entre el público filosófico. Hubo que esperar a que se conocieran mejor las conexiones del pensamiento de Wittgenstein con los de Frege y Russell y con la obra científica de Helmholtz y Hertz para que el alcance del *Tractatus* se apreciara adecuadamente.

De los seis filósofos mencionados en el párrafo precedente tan sólo Hierro y Blasco pueden ser considerados filósofos analíticos. Muguerza, Mosterín, Sacristán y Garrido han realizado, cada uno a su modo, labores destacadas en la recepción del pensamiento filosófico de autores cuya obra era conocida bien de forma muy fragmentaria bien indirectamente: desde Frege, Russell y Wittgenstein hasta Carnap, Gödel, Quine, Davidson, Searle, Wittgenstein, Ryle, Strawson, Ayer o Hare, entre otros. No obstante, ninguno de éstos tuvo o ha tenido un compromiso fuerte con la filosofía analítica como tal.⁶ ¿Qué distingue a Blasco y a Hierro de los anteriores? La convicción de que los problemas filosóficos se originan en, o están estrechamente vinculados a, confusiones lingüísticas o conceptuales —confusiones lingüísticas, si consideramos que el lenguaje u otros sistemas simbólicos de representación codifican los conceptos con que entendemos las cosas—. Esto abre un amplio margen de opciones al diseñar estrategias y principios de rectificación de esas conclusiones. Uno puede emplear técnicas definicionales al modo de los sistemas de constitución conceptual, como hicieron el Carnap del *Aufbau*, Nelson Goodman o el joven Quine. Puede recurrir a técnicas típicamente sintácticas, como hicieron el Carnap de la *Logische Syntax*, con ideas de Gödel, o Quine, con técnicas lógicas como las de Herbrand. Cabe, así mismo, aplicar los métodos de la teoría de modelos, que dieron lugar a la influyente definición del concepto de verdad a la que llegó Tarski en la década de los treinta (Tarski, 1936), un hallazgo que Carnap convertiría en un paradigma para el análisis lógico de múltiples conceptos con aplicaciones filosóficas. Cambiando de orientación, puede uno centrar la mirada en el uso efectivo de las palabras, para corregir así errores filosóficos que nacen de malinterpretar su significado; o tiene la opción de recurrir a lo que Austin denominó fenomenología lingüística —preguntarse: “¿Qué diríamos cuándo?” (Austin, 1961/1975, 175)—, una técnica tan decisiva en los finísimos análisis de Austin y tan constantemente utilizada por el Wittgenstein surgido de la crisis de 1929.

El caso de Deaño es más difícil de catalogar, debido a su prematura muerte. Su texto de lógica (Deaño, 1974) sigue siendo paradigmático en el empeño de mostrar cómo los recursos expresivos de la lógica de enunciados y la lógica de predicados clásica pueden emplearse para representar complejas y poderosas estructuras conceptuales de las lenguas naturales. Sólo eso habla a favor de considerar a Deaño un filósofo analítico interesado en exhibir las estructuras

⁶ Sobre la labor de Garrido, véase Garrido (2017). En la obra de Mosterín, sin embargo, sí que hay espacio para una labor propiamente analítica. Véase Mosterín (1987; 2000). Además, ha editado obra inédita de Carnap.

lógicas del lenguaje. A cambio, su restante producción escrita, publicada póstumamente, no conduce a una conclusión tan definida. En su estudio de las concepciones de la lógica sólo dedica una decena de páginas a establecer las relaciones entre lógica y filosofía. La filosofía analítica resulta pertinente para Deaño, porque proporciona un amplio muestrario de casos que avalan el principio de que los métodos y técnicas de la lógica son instrumentos de análisis conceptual (Deaño, 1980, 341). El pero es que esto no marca la línea de meta de sus reflexiones, que se sitúa en la cuestión de la naturaleza de la lógica. Los problemas definitivamente nucleares para Deaño “pertenecen a la lógica cuando ésta se entiende como lógica trascendental que envuelve a la lógica formal” (Deaño 1980, 343). Eso no lo diría un filósofo analítico, sino un filósofo de corte más tradicional.

Una conciencia que ve en la filosofía una *actividad* de análisis conceptual o de análisis lingüístico, vinculada al reto de arrojar luz sobre una cuestión filosófica, está patentemente presente en la obra de Blasco y Hierro, ya al inicio de la trayectoria académica de ambos. Ambos no fueron simplemente receptores y transmisores de la filosofía analítica, sino practicantes; y eso es lo que les distingue como los primeros filósofos analíticos en España. La primera producción escrita sustancial es suya. En 1970 Hierro, discípulo de José Luis Aranguren en la Complutense de Madrid, publicó sus *Problemas del análisis del lenguaje moral* (Hierro, 1970), que resultó de sus años de investigación en Cambridge y Oxford en la segunda mitad de la década de los sesenta. Si bien Hierro presenta su obra como “un estudio de los principales problemas que plantea actualmente el análisis lógico del lenguaje moral” (Hierro, 1970, 13), el término ‘análisis lógico’ tiene aquí un sentido muy amplio. Hierro considera esta obra un ejercicio de filosofía analítica. Eso es cierto, pero su contenido se encuadra dentro de la variante específica del análisis oxoniense, y su deuda principal es para con la idea de Richard Hare de que el lenguaje moral no se usa para decir cuáles son los hechos de la moral —no hay tales hechos—, sino para prescribir cómo conducirse en la acción. El libro de Hierro se abre con una interesante introducción que ofrece, primero, una visión panorámica de la filosofía analítica en la que Russell es la primera figura destacable y, segundo, de la evolución de la ética, en la que los *Principia Ethica* de Moore suponen el momento de ruptura al contener “una crítica devastadora de todas las doctrinas éticas anteriores” (Hierro, 1970, 34 y s.). Por su parte, el primer libro de Blasco, *Lenguaje, filosofía y conocimiento* (Blasco, 1973) se mueve en un terreno menos acotado. Si bien su objetivo es estudiar las ideas fundamentales de lo que llama “filosofía analítica del lenguaje ordinario”, la obra exhibe un conocimiento detallado y muy maduro de mucho de la filosofía analítica, no sólo de la cocinada en Cambridge y Oxford, sino también de la que pone en juego técnicas mucho más refinada de análisis lógico. No sólo se presentan y discuten ideas de Russell y Wittgenstein, sino que Moore, Ryle, Strawson, Ayer, Austin o Carnap son reiteradamente tenidos en cuenta. En el más interesante de los capítulos del libro, Blasco llega a comparar la forma de entender el lenguaje propia de Wittgenstein con la teoría generativista de Chomsky y con las incipientes investigaciones semánticas que Fodor y Katz habían iniciado a comienzo de los años sesenta.

Con ser los libros de Hierro y Blasco que acabo de citar las primeras obras sustantivas de la filosofía analítica española, sería injusto pasar por alto una tercera, posiblemente más original que las anteriores, pero que responde a un credo filosófico bien distinto. Me refiero a *La estructura del mundo sensible* (Moulines, 1973), tesis de licenciatura de Ulises Moulines, un discípulo de Mosterín, en la Universidad de Barcelona. Con todas las exigencias académicas del caso, Moulines despliega un ingenio notable para llevar el programa fenomenalista más allá de los límites que habían alcanzado Carnap en su *Aufbau* y Goodman

en *The Structure of Appearance*, ambas obras de referencia dentro de la filosofía analítica que usaba sistemáticamente técnicas sofisticadas de la teoría lógica. El programa fenomenalista es “un programa de reconstrucción lógica de conceptos empíricos a partir de una base única y homogénea constituida por experiencias sensibles” (Moulines, 1973, 15). La convicción de fondo, inspirada en la crítica kantiana de la razón, es la de que el edificio conceptual del conocimiento, sea científico o de sentido común, se asienta sobre objetos de apariencia-a-un sujeto. Moulines usa los medios de la teoría de conjuntos para reconstruir diversos sistemas fenomenalistas previamente formulados —los de Mach, Russell, Carnap y Goodman— y finaliza la obra presentando uno propio en el cual se definen sobre esas bases la temporalidad, los lugares, los colores, el mundo visual, las perspectivas y los objetos de percepción. Todo un *tour de force* para tratarse de una tesis de licenciatura.

El regreso de la metafísica

El asentamiento de la filosofía analítica en España tuvo lugar durante las décadas de los ochenta y los noventa. En los años setenta iniciaron sus carreras académicas los discípulos de Garrido, Blasco, Mosterín y Herro; y en la década siguiente, en algunos casos, discípulos de estos discípulos. El asentamiento de la filosofía analítica en España comenzaba a tener lugar. Describiendo las cosas con trazos gruesos, diré que la filosofía analítica encontró un lugar en distintos departamentos universitarios del país, y no necesariamente en departamentos de lógica y filosofía de la ciencia. Las universidades de Barcelona, Granada, Madrid, Murcia, Oviedo, País Vasco (San Sebastián), Santiago de Compostela, Valencia y Valladolid incorporaron profesorado de esta orientación filosófica durante los años indicados. Más recientemente ha sucedido otro tanto con las de Gerona, Salamanca y Zaragoza.

Este escueto resumen de lo acontecido en las cuatro últimas décadas tiene más facetas de lo que podría parecer a primera vista. Para empezar, en forma alguna quiero dar a entender que la filosofía analítica haya adquirido una posición predominante en los departamentos universitarios del país. Es decir, donde ésta es la clase de filosofía de la que es partidario su profesorado, mayoritariamente o sólo en parte. Apenas había presencia de ella medio siglo atrás, mientras que en la actualidad —daré detalles de ello más abajo— parece afianzada. Pero no se sigue de ello que la filosofía analítica sea tendencia mayoritaria en la filosofía española. En líneas generales, sucede más bien lo contrario.

Más importante es una segunda consideración. Hay una forma ideológica y una forma neutra, no comprometida, contemporizadora, *cool*, de caracterizar la filosofía analítica. (Algunos preferirían otro modo de marcar la diferencia: una forma sustantiva y una forma histórica de ser un filósofo analítico.) En su forma ideológica la filosofía analítica es una actividad guiada por la convicción de que la resolución de los problemas de la filosofía precisa del análisis del lenguaje. El supuesto que acompaña a este programa es que los problemas de la filosofía se originan en una comprensión inadecuada del significado de las palabras con que enuncian sus tesis. Llamaré a este complemento la *tesis metafilosófica*. (Pero con reservas, porque la tesis metafilosófica no es una sola tesis, sino un esquema que puede rellenarse, y de hecho ha sido rellenado, siguiendo diferentes pautas.) Diversas maneras de vertebrar esta convicción se presentan no sólo en los escritos de Russell, en el Wittgenstein tractariano, en Carnap y otros empiristas lógicos, sino también en el Wittgenstein de las *Investigaciones*, en los filósofos oxonienses (Ryle, Ayer, Strawson, etc.), así como en otras opciones. Para filósofos analíticos de caracteres tan distintos, la filosofía es *más* que análisis conceptual o análisis del lenguaje. La concepción ideológica de la filosofía analítica suma a esto una tesis complementaria sobre la naturaleza de los problemas

filosóficos. Entendido como análisis conceptual, el análisis filosófico será cuidadoso con la identificación y exposición del significado de las palabras sobre las que se pone el foco del análisis —o del contenido de los conceptos que ellas expresarían, así como para distinguir sus componentes y las relaciones que se den entre ellos—. Y, por supuesto también, atenderá al detalle de los argumentos en que descansan las tesis que se expongan. Además de la validez de los argumentos, se dará relevancia al peso relativo de premisas y conclusión, a la no circularidad de la justificación, así como a otros requisitos que, de ignorarse, condenarían a una argumentación por falaz. Ahora bien, para la forma neutra de entender la filosofía analítica aquí queda la cosa: esto es lo que es y debería ser la filosofía: análisis conceptual *sin* la tesis metafilosófica (en la variante elegida). El rótulo de «análisis filosófico» es la denominación que se utiliza a veces para referirse a la concepción *cool* de la filosofía analítica. Una concepción que no parte del convencimiento de que la filosofía sea «otra cosa», un saber, una actitud o una actividad especial. Se distingue de la ciencia en que el peso de lo conceptual es mayor. Pero tampoco quiere distinguirse tanto, porque la ciencia es la medida de todas las cosas. No es *cool* creer que la filosofía constituya un dominio autónomo de problemas *sui generis* y que una pormenorizada y equilibrada relación con esos problemas lleva al diagnóstico de que esos problemas surgen por confusiones lingüístico-conceptuales.

La pregunta que surge de forma natural es la de qué relación guarda el análisis filosófico con la filosofía analítica, el análisis conceptual con la filosofía al modo de los Grandes Nombres. La respuesta hoy dominante es ésta: un vínculo histórico (Soames, 2000; Glock, 2008). En palabras de Scott Soames:

La respuesta rápida es que [la filosofía analítica] es una cierta tradición histórica en la que la obra de G. E. Moore, Bertrand Russell y Ludwig Wittgenstein fijaron la agenda de trabajo de filósofos posteriores, trabajo que constituyó el punto de partida de [otros] filósofos que siguieron a éstos. El trabajo que hoy se hace en filosofía analítica surge del trabajo de ayer, el cual puede ser remonta, a su vez, hasta sus raíces en los filósofos analíticos de la primera parte del siglo veinte. La filosofía analítica es un reguero de influencias (Soames, 2003, vol. 1, xiii).

He distinguido estas dos formas de entender la filosofía analítica para que se entienda mi siguiente afirmación: que con pocas excepciones ya no existe filosofía analítica al estilo de la forma ideológicamente cargada. Prácticamente nadie en el ámbito filosófico se siente comprometido hoy en día con la tesis de que los problemas surgen de confusiones lingüísticas o conceptuales. Casi nadie acepta la tesis metalingüística. Mi afirmación parte del supuesto de que tenemos ya un cierto criterio, o fuertes convicción es acerca, de qué problemas son filosóficos. La familiaridad con los clásicos de la filosofía —volveré sobre esto más adelante— nos proporciona este criterio o nos educa el olfato para distinguirlos. Y sólo después, tras haber reconocido como filosófico un problema, llegamos a la conclusión, por un camino *independiente*, de que se ha originado en una confusión lingüístico-conceptual. Esto *no* es lo que Soames nos dice en el texto citado. Su dictamen es que la filosofía de un momento dado es analítica, si se ocupa de cuestiones históricamente vinculadas a las que trataron los Grandes Nombres. A lo largo de la historia, sin embargo, la tesis metalingüística parece haberse desvanecido. Y lo mismo acontece en la filosofía analítica en España. La tesis metalingüística estaba palpablemente presente en los primeros escritos de Blasco y Hierro, pero pocos son los que la suscriben entre los filósofos analíticos españoles en activo. Ni siquiera la mucho menos radical —pero seguramente irreprochable— tesis de que entre los problemas de la filosofía los hay que se originan en errores en el significado de las palabras o en el contenido de los conceptos tiene partidarios.

Como tendencia la filosofía analítica renunció a su compromiso con la tesis metalingüística, en cualquiera de sus variantes, hacia finales de los años sesenta y comienzos de los setenta. Dos excepciones resulta obligado tener en cuenta. De una parte, la de quienes ven en la filosofía del Wittgenstein maduro un —posiblemente *el*— modelo a seguir o un punto de referencia insoslayable. En las universidades españolas algunos de los discípulos de Garrido y Blasco personifican esta actitud, siendo el estudio de Alfonso García Suárez sobre Wittgenstein y el problema del lenguaje privado (García Suárez, 1976) la obra más representativa.⁷ Los dos libros de María Cerezo sobre el *Tractatus* y diversas colecciones de ensayos demuestran el profundo interés que la obra de Wittgenstein ha despertado en el entorno analíticos español (Cerezo, 1998; 2006; Acero, Flores y Flórez, eds, 2003; Moya, ed., 2008; Fernández Moreno, ed., 2008).

De otra parte, una variante fuerte de la tesis metalingüística —la que entiende que los problemas de la filosofía son los problemas del análisis *lógico* del discurso—, la propia del positivismo y el empirismo lógicos, está integrada en el paquete de compromisos que constituyen la concepción estructuralista de la ciencia. Y el estructuralismo es una tendencia asentada de la filosofía analítica de la ciencia durante las últimas cuatro décadas. Esta opción analítica responde al estilo de las enseñanzas filosóficas de Mosterín, que favorecían el uso de técnicas lógico-matemáticas. Ya he dicho que Moulines (1973) asumía este punto de vista. La publicación por Joseph Sneed de *The Logical Structure of Mathematical Physics* (Sneed, 1971) supuso un giro radical en la trayectoria de Moulines. Sneed rechazaba la concepción lingüística de las teorías científicas y proponía analizar éstas en términos de complejas estructuras conjuntísticas. Junto con Balzar y Sneed, y con el estímulo de Wolfgang Stegmüller, Moulines ha profundizado en esta alternativa, en la que no sólo han reconstruido aspectos estructurales de la ciencia, sino también aspectos dinámicos (Moulines, 1982; Díez y Moulines, 1998). La importancia de este logro tiene aún más valor por el hecho de que Moulines, cuya labor académica se ha realizado en la Universidad de Munich, ha atraído hacia el estructuralismo y formado a un buen número de filósofos de la ciencia en el mundo latinoamericano, y entre ellos algunos que prosiguen esta línea de trabajo en varias universidades españolas.

Hay una línea temática que conecta el estructuralismo con la filosofía del positivismo y del empirismo lógicos. No es ésta, sin embargo, la única forma en la que la filosofía de Carnap, Neurath, Hahn, Feigl, etc. y críticos como Popper ha ejercido una influencia sobre la filosofía analítica española. Carnap y el Círculo de Viena fueron el tema de un excelente libro del malogrado Ramón Cirera (Cirera, 1990); y la filosofía de Carnap ha sido la fuente de otros trabajos interesantes (por ejemplo, los recogidos en Cirera, Ibarra y Mormann, eds., 1996). Sin embargo, de un alcance que trasciende el pensamiento filosófico de este autor es la obra de Andrés Rivadulla, un excelente conocedor del complejo desarrollo de los problemas de la justificación científica y un especialista en la filosofía de la física, así como en la obra de Popper (Rivadulla, 1984; 1991; 2003; 2004). Aunque la producción de Jesús Zamora Bonilla ha tratado igualmente de aspectos estructurales clásicos de la filosofía de la ciencia, se ha interesado también por los aspectos económicos y políticos de la actividad científica (Zamora 1996; 2005).

⁷ Otras obras demuestran el interés en las universidades españolas por el pensamiento de Wittgenstein. Destacan las monografías Cerezo (1998; 2006), así como diversas colecciones de ensayos: . Y ello por no citar a traductores de escritos del autor vienés

Si descontamos estas dos líneas de trabajo, más propias de la concepción ideológicamente cargada, la filosofía analítica española de las décadas de los setenta y siguientes responde al ideario del denominado análisis filosófico. Una vez que el centro del análisis conceptual deja de ser la rectificación de confusiones lingüísticas que están en la naturaleza misma de los problemas filosóficos, el regreso de la filosofía sustantiva estaba cantado. Por decirlo, de un modo algo más polémico: una vez que la filosofía analítica se desprende de la tesis metafilosófica, el análisis filosófico abre las puertas al regreso de la metafísica. Las causas exactas de este cambio son complejas. Me limito ahora a apuntar algunas.

En primer lugar, la metafísica —es decir, la filosofía sustantiva: la ontología, la epistemología, la filosofía de la mente, etc.— constituía el núcleo mismo de los programas renovadores de la filosofía de Russell y Moore. Y posteriormente el núcleo de los del primer Wittgenstein y de Ramsey. El regreso de los temas clásicos de la filosofía, pero enfrentados desde la posición de ventaja que proporciona el análisis conceptual y alguna suerte de compromiso con la tesis metafilosófica ha producido entre los filósofos analíticos españoles algunas obras dignas de consideración: en el terreno de filosofía de la acción (Moya, 1997), de la epistemología (Zalabardo, 2012; 2014), de la filosofía de la lógica y la filosofía del lenguaje (Frápolli, 2012) y de la metafísica (Prades y Corbí, 1999; García-Carpintero, 2017).

En segundo lugar, los filósofos analíticos mismos fueron críticos hacia sus propias maneras de entender en qué consistía el análisis del lenguaje. Ya he mencionado la oposición de Ryle al empleo de técnicas lógicas en dicho análisis. A ello contribuía el temor, tal y como lo describe Grice, de que los filósofos se vuelvan como esos tecnólogos que entran atropelladamente en un lugar en el que en un elefante bien llevado pisaría con cuidado (Grice, 1986, 50). El análisis lógico del lenguaje exige una meticulosa preparación previa, que no siempre se da. A pesar de ello, algunos de los filósofos analíticos más destacados, como Austin y Grice, sintieron la necesidad de ir más allá del registro cuidadoso del uso de las palabras. Según manifiesta este segundo su propia experiencia, el desiderátum era el de “llegar a un tratamiento más teórico de los fenómenos lingüísticos del género que nos había ocupado en Oxford durante tanto tiempo” (Grice, 1986, 59). Para Grice, ese tratamiento más sistemático se encontraba en la obra de dos autores, por otra parte, difícilmente reconciliables entre sí: Chomsky y Quine. Chomsky atrajo en los setenta la atención de algunos de nuestros filósofos. Hierro se opuso frontalmente a las tesis innatistas de Chomsky (Hierro, 1976). En cambio, Daniel Quesada analizó su metodología lingüística y llegó a posiciones más conciliadoras con la labor del filósofo analítico (Quesada, 1974). En la filosofía analítica española, éstas son las más relevantes referencias a la obra de Chomsky. La ingente labor chomskyana, tanto en lingüística como en filosofía del lenguaje, no ha sido analizada y discutida desde entonces, lo cual se debe seguramente a la necesidad de una fuerte formación lingüística. En cambio, la línea que tiene a Quine y a uno de sus discípulos, Donald Davidson, como puntos de referencia ha resultado más atractiva. El simposio de Granada sobre la filosofía de Quine, celebrado en 1986, dejó constancia del interés de los filósofos analíticos españoles y latinoamericanos por su obra (Acero y Calvo, eds., 1987), refrendada luego por algún estudio monográfico (especialmente, Pérez Fustegueras, 1988). En algunos aspectos en las antípodas de Quine, Davidson ha sido igualmente fuente de inspiración. La contribución de Manuel Hernández Iglesias, un discípulo de Hierro, merece destacarse aquí (Hernández Iglesias, 1990; 2004).

En tercer lugar, la adopción de Chomsky y Quine como modelos para el análisis filosófico tuvo efectos de largo alcance, pues con ellos la filosofía analítica hizo un pacto con el naturalismo. El naturalismo filosófico es la doctrina de que no hay solución de continuidad

entre la filosofía y la ciencia, se trate de la física, la biología, la neurociencia, la psicología, la lingüística teórica o la economía. Ese pacto se cumple estrictamente por muchos de los actuales filósofos analíticos españoles, una actitud consecuente con el olvido de la tesis metalingüística. Dentro de esta avenida han cuajado líneas de investigación fructíferas en filosofía de la biología, neurofilosofía, filosofía de la mente y filosofía del lenguaje. En este último ámbito han destacado las trayectorias de Eduardo Bustos, que ha combinado filosofía y ciencia cognitiva en el estudio de la metáfora, el conocimiento y la argumentación (Bustos 2000; 2014). En los tres primeros han cuajado grupos activo en las universidades de Granada, Murcia y el País Vasco.

En cuarto lugar, la creación de la lógica modal a finales de la década de los años cincuenta y principios de los años sesenta del siglo pasado hizo posible la articulación de la teoría de la referencia (es decir, la teoría de las relaciones entre el lenguaje y el mundo), hasta el momento limitada a una clase limitada de lenguajes formalizados (en las obras de Frege, Russell, Wittgenstein, Tarski y Carnap). A su vez, la vinculación de la teoría de la referencia con el análisis de los conceptos modales ha supuesto la recuperación de los temas clásicos de la ontología y, en general, de la metafísica. La influencia de la obra de David Lewis, Saul Kripke o Hilary Putnam ha resultado poderosa y generado, además de numerosas investigaciones de detalle, algunas publicaciones de alcance más ambicioso. Entre éstas destacan libros de Manuel García-Carpintero, Manuel Pérez Otero y Luis Fernández Moreno (García-Carpintero 1996; Pérez Otero 1999; 2006; Fernández Moreno 2006). De los tres filósofos norteamericanos citados, Lewis es quien mejor conserva el viejo espíritu de la filosofía analítica ideológicamente cargada, por su convicción de que la filosofía debe buscar el mejor equilibrio entre el respeto de los conceptos y creencias de sentido común y el conocimiento científico. El revisionismo de la filosofía de Lewis y los compromisos metafísicos que conlleva distinguen su posición del programa metafísico puramente descriptivo que Strawson propuso en *Individuos* (Strawson 1959/1992), que ha resultado muy atractivo. A pesar de ello, y de que las ideas de Strawson y, en general de los filósofos británicos (como Michael Dummett, John McDowell, Christopher Peacocke o Crispin Wright, entre otros), han tenido una acogida razonable en los círculos académicos hispanos, y se los cita asiduamente en publicaciones menores, su reflejo en la lista de monografías ha sido mucho menor. Únicamente puede citarse los libros de Wenceslao González sobre Strawson y de María Uxía Rivas sobre Dummett (González, 1986; Rivas 1994).

Logros

Es hora ya de pasar de relatar logros efectivos de la filosofía analítica española a tratar de las condiciones que los han favorecido. Llamaré la atención sobre cuatro de ellos. No está entre mis pretensiones la de establecer entre ellos ninguna prioridad.

Comenzaré por la constitución de la Sociedad Española de Filosofía Analítica (SEFA) hace poco más de veinte años. La SEFA se creó en Abril de 1995 en la Universidad de Valencia, siendo Blasco el principal impulsor del proyecto, con el respaldo del potente grupo de filósofos analíticos del Departamento de Metafísica y Teoría del Conocimiento de la Universidad de Valencia. Blasco fue el primer presidente de la sociedad, cargo que después han ejercido Carlos Moya (Universidad de Valencia), Juan José Acero (Universidad de Granada), Manuel García-Carpintero (Universidad de Barcelona) y Pepa Toribio (ICREA). El actual presidente, elegido el pasado mes de Noviembre, es Agustín Vicente (Ikerbaske). La SEFA se abre a todos aquellos filósofos que deseen aportar su trabajo dentro del marco de la

filosofía analítica —y aquí hemos visto que caben distintas actitudes— dentro de la comunidad hispanoamericana. A su vez, la SEFA se ha integrado en la ESAP (European Society for Analytic Society) como un miembro más, junto a sociedades de filosofía analítica tan potentes como la alemana, la italiana o la francesa.

La SEFA ha sido desde su fundación foco de numerosas actividades. Cada tres años organiza el congreso de la sociedad, valora los logros del período que culmina en el congreso, debate las iniciativas a desarrollar en el siguiente y elige la nueva junta directiva. Hasta la fecha ocho han sido los congresos de la sociedad, celebrados en otras tantas universidades del país. La participación internacional ha sido creciente y las ponencias principales han sido encargadas a tres invitados de prestigio: uno del ámbito hispano-americano, uno del español y un tercero del norteamericano o del europeo. Además de los congresos de la sociedad, la SEFA ha dado su apoyo, organizativo y económico, a otras series de conferencias y talleres internacionales. La serie de las SIUCC (Seminarios Interuniversitarios de Filosofía de la Ciencia Cognitiva) se inició a comienzo de los noventa con el objetivo de realizar anualmente un seminario sobre problemas de la filosofía de la ciencia cognitiva. Con muy pocas excepciones, los principales filósofos analíticos de las últimas décadas han pasado por estos seminarios a lo largo de las veinticinco ediciones celebradas. La SEFA también ha respaldado los Talleres Interuniversitarios de Mente, Arte y Moralidad, que vienen realizándose, también anualmente, desde el año 2007. Y a éstos hay que añadir seminarios y talleres con sociedades análogas de Italia, Francia, Portugal y Argentina. En general, puede afirmarse que sus miembros han encontrado en la SEFA la oportunidad no sólo de mantener una relación directa con filósofos destacados de los principales países donde se cultiva la filosofía analítica y de debatir con ellos, sino también de disponer de un foro internacional donde presentar trabajos propios y encontrar las vías que se conozcan más allá de nuestras fronteras. A estas actividades hay que sumar la serie de volúmenes que forman la Serie de Filosofía de la SEFA de la editorial Tecnos. Hasta el momento la serie consta de cuatro volúmenes: sobre filosofía de la lógica (Frápolli, ed., 2008), epistemología (Quesada, ed., 2009), estética (Pérez Carreño, ed., 2013) y metafísica (Prades, ed., 2015).

En segundo lugar, la creación de un procedimiento específico de evaluación de la actividad investigadora implementado por una comisión creada para el caso —la CNEAI— proporcionó un cauce institucional para la investigación en filosofía en la que muchos filósofos analíticos se han sentido cómodos. La razón es fácil de entender. A menudo, pero no siempre, el trabajo en filosofía analítica se centra en cuestiones bien definidas, pero que en sí mismas constituyen pequeñas piezas de un rompecabezas que puede tener una significación mucho mayor. Un trabajo de orfebre que ocasionalmente se integraría en un proyecto de largo alcance. Es cierto que el procedimiento de la CNEAI, que somete a evaluación cinco publicaciones realizadas durante un período de seis años, permite que el investigador presente obras de más envergadura que artículos de revista, capítulos de libro o ensayos introductorios a nuevas ediciones de clásicos, incluidos los contemporáneos. Pese a ello, los libros y las monografías presentados a evaluación son, en términos comparativos, si no excepcionales, sí minoritarios. No quiero decir que este formato de evaluación de la actividad investigadora sólo resulte conveniente a los filósofos analíticos, pero sí que ha facilitado su carrera profesional. En efecto, añadamos a lo anterior dos cosas más: una, que el procedimiento premia la calidad de los medios de difusión o, cuando menos, el que éstos reúnan condiciones formales de que la investigación evaluada está al alcance para otros investigadores. Y dos, que la filosofía analítica, especialmente la tiene su vehículo en la lengua inglesa, ha cumplido sobradamente esta condición desde los años treinta y cuarenta del siglo pasado. Se

entiende, entonces, que el procedimiento evaluador de la CNEAI haya sido un estímulo para los filósofos analíticos y beneficioso para su labor. Un primer indicio de ello es la consolidación de revistas especializadas. En el mundo filosófico hispanoamericano el primer medio que destacó en este sentido fue *Crítica* (México), seguramente por la proximidad geográfica y cultural de los filósofos analíticos mexicanos al mundo anglosajón. Y en Argentina, el primer país hispanoamericano que tuvo una muy solvente sociedad de filosofía analítica (SADAF), con una más que interesante tradición propia, destaca *Análisis filosófico*. En ambas revistas han venido publicando filósofos analíticos españoles, especialmente desde que las relaciones académicas con filósofos de estos países se asentaron a partir de las décadas de los setenta y los ochenta. Con los años algunas revistas españolas, como *Teorema* y *Theoria*, han alcanzado estándares altos en los índices y repertorios bibliográficos. Otras, como *Ágora*, *Contrastes* o la clásica *Revista de filosofía*, aunque no publiquen mayoritariamente artículos de filosofía analítica, son también medios muy apropiados. Un segundo indicio de la buena adaptación de la filosofía analítica española es su considerable nivel de internacionalización: su presencia regular en foros, instituciones y programas internacionales y, muy especialmente, la calidad de su producción y de sus vínculos con las figuras más reconocidas. Hoy en día está lejos de resultar excepcional encontrar contribuciones de filósofos analíticos españoles en revistas, colecciones de ensayos o actas de congresos, acceso a los cuales exige superar los filtros de calidad vigentes en un entorno muy exigente.

El tercer factor que ha favorecido el asentamiento de la filosofía analítica ha sido la progresiva modificación de baremos utilizados en los procedimientos de acceso a plazas de profesor titular y catedrático de universidad. El tipo de producción que es, en mayor o menor medida, característico de los filósofos analíticos, así como lo que hoy se denomina, en general, procedimientos de transferencia de conocimiento, cuadran bien con sistemas de evaluación más fáciles de compartir por tribunales compuestos por personas de formación dispar. El principio que subyace a este rediseño de baremos es, a mi modo de ver, del todo razonable: no valorar en una segunda ocasión lo que fue ya valorado en una instancia previa. No estar comenzando siempre desde cero. A su vez, el principio se funda en un segundo, todavía más básico que el primero, que demanda confiar en la capacidad y en el buen sentido de los jueces, los críticos o, en general, las personas que asumen la responsabilidad de evaluar la actividad profesional, en este caso de los filósofos. Especialmente, si se juzgan quienes realizan actividades homologables a las propias. No se me escapa que el sometimiento a ambos principios está lejos de ser el idóneo en el mundo filosófico español. Por arriesgar un diagnóstico, diré que los principios se respetan de forma tanto más escrupulosa, a efectos de la calidad de la investigación realizada, cuanto más alejado del entorno profesional del día a día. En el propio departamento universitario o en la propia facultad se está más expuesto a ser juzgado por criterios que pueden contemporizar con condicionamientos no estrictamente académicos de lo que se está en comisiones de rango superior.

Finalmente, y sin demorarme en los detalles, quiero recordar el hecho de que el inglés se ha convertido en la *lingua franca* de la filosofía en el mundo. Naturalmente, esto no significa que el conocimiento de otras lenguas sea condición necesaria para realizar investigación con garantías en ámbitos muy particulares. Significa que, con la principal —aunque no la única— salvedad de la revista alemana *Erkenntnis*, las principales revistas en que vieron la luz la gran mayoría de los artículos de filosofía analítica son revistas inglesas o norteamericanas. Incluso la *International Encyclopedia of Unified Science*, en la que publicaron sus trabajos más centroeuropeos que anglosajones, está masivamente editada en inglés. Esta línea se ha

consolidado después, hasta el punto de que la gran mayoría de revistas de impacto internacional son revistas que publican artículos en lengua inglesa. Para la filosofía analítica española, que el inglés se haya convertido en el vehículo de expresión en la mayoría de los medios más acreditados ha sido un factor determinante. Ha proporcionado no sólo un formato sobre cómo plasmar los resultados de la investigación, sino generado también las condiciones de relacionarse con colegas e instituciones extranjeras y, en definitiva, de promocionarse en el ámbito académico.

Sombras

Nunca pertenecería a un club que admitiera
como miembro a alguien como yo
Groucho Marx

Estas virtudes tienen también su lado negativo. Para cerrar estas páginas, me ocuparé de estas realidades menos complacientes.

Mi primera diana es la conversión de la lengua inglesa en *lingua franca* de la filosofía. De una parte hay que decir que el inglés de la mayor parte de nuestros filósofos analíticos es escasamente destacable. Tiene el tipo de corrección —cuando es que la alcanza— neutra que es propia de haberse familiarizado con una lengua ignorando sus mejores exponentes literarios. Ésta es también la situación que encuentra uno en las mejores revistas del ramo: el *Journal of Philosophy*, la *Philosophical Review*, *Mind*, *Mind and Language*, etc., etc. No se debe tal circunstancia que estos autores no lean textos ingleses o americanos, sino a que sus modelos literarios no son, desde hace muchos años gente como Quine, Davidson o Austin.⁸ El inglés de nuestros filósofos analíticos se parece mucho al español literalmente vertido al léxico inglés, con una alarmante falta de construcciones, giros y sentidos idiomáticos nativos. No juzgaré este hecho con tintes absolutamente negativos —aunque sólo sea por que debo incluirme entre los incapaces—. No parece haber alternativa: la lengua inglesa, hoy en día, es vehículo compartido por los autores y lectores de filosofía, y el lenguaje requerido un producto estandarizado, de rápido consumo. El obstáculo a superar es de otro género y me temo que muy difícil de sortear: que el tipo de texto que se impone en los medios editoriales que sirven de trampolín a los currículos académicos y, a la larga, al poder en el mundo de la academia es tan formalmente satisfactorio como ramplón.

Por otro lado, la plana literalidad de la escritura de la filosofía analítica española —imagino que también en gran parte de la no española— no tiene como contrapartida una rica y sofisticada conciencia de lo que sería el correspondiente texto en español (o castellano). No es que a pensamientos articulados en español, complejos y llenos de matices, se los empareje con frases inglesas más bien chonis o poligoneras. Un problema muy común de nuestros filósofos analíticos es que, habituados a leer y pensar en un inglés de alcance limitado, están desprovistos de los recursos necesarios para entender y escribir un español filosófico y literariamente decente. Una vez más, debo insistir en que hay excepciones a este diagnóstico, y puede que no pocas. Repito: quiero llamar la atención sobre una deficiencia que está resultando cada más patente. Por ejemplo, buen número de las tesis doctorales de filosofía analítica que actualmente se defienden en nuestras universidades están pésimamente redactadas. Con frecuencia se tiene delante un texto encajado en la camisa de fuerza de una

⁸ Esto nada tiene que ver con la sencillez de la escritura. La escritura de David Lewis es de una sencillez paradigmática, pero luminosa y efectiva.

lengua ajena. Con más frecuencia todavía se da por supuesto que a similitudes fonéticas entre expresiones de distintas lenguas corresponden significados parecidos, si no idénticos. Y así sucesivamente, hasta desembocar en un punto en que incluso cuando el texto es español los contenidos cifrados, más que imprecisos, están lingüísticamente crudos, insuficientemente elaborados.

En el mismo orden cosas, puedo añadir una pieza más a la constatación del deficiente estado en que se halla el uso del español en nuestra filosofía analítica: la escasísima relación de traducciones al español de ensayos y libros de esta orientación filosófica. Los últimos que merecería la pena destacar datan de treinta años atrás muy posiblemente. Aquí pueden trabajar en tándem varias causas. Una, sin duda, la crisis económica de la última década, que ha reducido la oferta editorial. No obstante, el peso de este factor no es determinante, porque las editoriales acceden a publicar siempre que se les insista en, y se les ofrezca una mínima garantía de, que hay algo de mercado para una obra. Por ello, soy partidario de otra explicación —que no es incompatible con la anterior—: que se piense que disponer de traducciones evita la carga de conocer la lengua original. Y sabiendo inglés, ¿para que traducir? Bien, éste es un error grave. ¿Quién dijo que las traducciones no te permiten aprender la lengua traducida? Espero que nadie, especialmente si la lengua de destino se conoce lo bastante en sus matices. (Y con ello volvemos a un déficit señalado ya.)

¿Estoy recomendando que abandonemos el inglés como *lingua franca* para hacer nuestro trabajo como filósofos? ¡Claro que no! Estoy lamentándome de los costes que tiene tomar *esa* decisión sin adoptar las debidas precauciones. Por ejemplo, cuando se adopta el inglés como vehículo para la filosofía analítica sin conocer a fondo el español y se elige como modelo de discurso algo tan insulso y plano como lo que hoy en día prima. Porque ese discurso no difiere ya sustancialmente del científico, es decir: del que encontramos en las revistas y volúmenes de cualquier disciplina científica. Cúmplase con las formalidades de ese tipo de rendición de cuentas, adecuadamente ajustados a las servidumbres de la filosofía, y se tendrá el tipo de producción requerida. A mi modo de ver, cuando nos regimos por este modelo estamos equivocándonos. No es que *siempre* esté mal actuar así. El obstáculo insuperable es ignorar que la investigación científica trabaja con plazos de tiempo muy cortos, pues en ello hay en juego necesidades insoslayables, dinero, poder, prestigio, En cambio, yo me resisto a pensar que el análisis filosófico tenga este tipo de plazos. Es más: si se los impone, el resultado será, por regla general, insignificante. Si de lo que se trata es de publicar la última novedad de detalle, pasada por alto por el resto de los interesados por el problema en cuestión, el valor de lo conseguido será escaso, porque faltará el proyecto dentro del cual ese detalle ayude a componer una imagen reconocible, con un sentido cabal.

Esto me lleva a un hecho más, crucial para la defensa de las poco luminosas consideraciones que he hecho en los últimos párrafos. Y es que en las últimas décadas son escasísimos los libros originales escritos por filósofos analíticos españoles. Quizás Manuel García-Carpintero, María José Frápolli, Carlos Moya o José Luis Zalabardo sean casos excepcionales. Sucede que los filósofos analíticos españoles no se plantean proyectos originales, propios, a plazo medio o largo, atosigados por la urgencia de publicar numerosos pequeñas contribuciones que presentar en este o aquel congreso, taller, seminario, etc. o someter a evaluación en esta o aquella revista, participar en múltiples proyectos, comités, grupos de trabajo, etc.⁹ Algo hay que modificar en la filosofía analítica española, si su estado

⁹ Muy probablemente existe un modo de vida del filósofo analítico, que comparte con otros colectivos académicos. Aunque analizar ese modo de vida arroja luz sobre la calidad de la filosofía que producen, dejaré

puede describirse parcialmente así. Más aún cuando a este síntoma puede añadirse que no sólo no se escriben libros o monografías originales; es que tampoco estas obras de mayor extensión y alcance se leen. Las urgencias de la publicación inmediata no dejan tiempo para ello. Plantearse el proyecto de leer cuidadosamente un libro complejo, pero del que a la larga se aprenderán muchas cosas, invirtiendo meses en ello, es un plan que pocos se plantean. Todo lo que se pueda leer habrá que hacerlo rápidamente, en una sesión de trabajo. Como consecuencia de esto, los escasos libros que publican nuestros filósofos analíticos nunca encuentran el eco en las revistas de nuestro ámbito lingüístico. No quiero decir que no se reseñen, sino que no se les dedica ninguna sección monográfica en la que sean analizados desde varios puntos de vista. (En esto no imitamos lo bueno de algunas revistas del mundo anglosajón.)

Acabo con una consideración negativa más: los filósofos analíticos españoles corren el riesgo de convertirse en ignorantes de la historia de la filosofía. Los autores clásicos parecen no interesarles. Su lectura está presente en los currícula de los estudios de grado; su relectura queda fuera de consideración. A los efectos de una formación filosófica profunda esta actitud —podríamos calificarla de princetoniana, porque Gilbert Harman se la inculcaba a los estudiantes de los niveles más altos: «No leer nada que tenga más de diez años de antigüedad»— resulta suicida. Uno aprende imitando a los mejores. De hecho, no son pocos los filósofos analíticos de alto *standing* que han puesto su atención en los clásicos: Russell en Leibniz, Strawson en Kant, Sellars en Hegel, Lewis y Fodor en Hume, Hintikka en Aristóteles, Kant o Husserl, y así sucesivamente. Pero ni uno solo de los filósofos analíticos españoles ha escrito una monografía sobre un clásico, si excluimos a los contemporáneos.

Wittgenstein escribió en las *Investigaciones* que el ansia de generalidad condena al filósofo a la confusión. Algo así puede extrapolarse para la filosofía analítica española del momento: la ansiedad por el resultado inmediato. Una publicación rápida más, un trabajo más aceptado en un congreso, un mérito más para alcanzar los cinco preceptivos que exigen las convocatorias de la CNEAI en un sexenio y sin invertir un año de más..., todo conspira para acrecentar nuestra ansiedad.

Final

La dinámica en la que estamos no se corrige rechazando a publicar en inglés. No se corrige no eligiendo para ello los medios internacionalmente más prestigiosos. No se corrige impugnando los sistemas de evaluación por pares en revistas y congresos. No se corrige prescindiendo de las comisiones de evaluación de la investigación. Todo ello llevó años instaurarlo para evitar que cada cual hiciera de su capa un sayo con el trabajo académico con el que se busca lograr reconocimiento profesional y personal haciendo uso de los fondos públicos que se invierten en conseguirlo. Se corrige controlando la propia ansiedad. Lo cual me temo no se enseña en clases y seminarios. Vivir de la filosofía no es fácil, pero ser filósofo lo es mucho menos

Referencias bibliográficas

Acero, Juan José (2014), “The Arrival and Establishment of Analytic Philosophy in Spain” [original en ruso], *Epistemology and Philosophy of Science*, 1: 137 – 51.

para otra ocasión ese análisis.

- Acero, Juan José, y Calvo, Tomás, eds. (1987), *Symposium Quine*, Ediciones de la Universidad de Granada, Granada.
- Acero, Juan José, Florez, Luis y Flórez, Alfonso, eds. (2003). *Viejos y nuevos pensamientos: ensayos sobre la filosofía de Wittgenstein*, Comares, Granada.
- Austin, John (1961/1975), *Ensayos filosóficos*, traducción de Alfonso García Suárez, Revista de Occidente, Madrid. (Hay una edición posterior en Alianza Universidad.)
- Ayer, Alfred, ed. (1965), *El positivismo lógico*, traducción de L. Aldama y otros, Fondo de Cultura Económica, México D F.
- Basco, Josep Ll. (1973), *Lenguaje, filosofía y conocimiento*, Ariel, Barcelona.
- Bunge, Mario, ed. (1960), *Antología semántica*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires.
- Bustos, Eduardo (2000), *La metáfora: ensayos transdisciplinarios*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Bustos, Eduardo (2014), *Metáfora y argumentación: teoría y práctica*, Cátedra, Madrid.
- Carnap, Rudolf (1935/1963), *Filosofía y sintaxis lógica*, traducción de César Molina, Universidad Nacional Autónoma de México, México D F.
- Cerezo, María (1998), *Lenguaje y lógica en el «Tractatus» de Wittgenstein*, Eunsa, Pamplona.
- Cerezo, María (2006), *The Possibility of Language*, CSLI Publications, Stanford, California.
- Cirera, Ramón (1990), *Carnap i el cercle de Viena*, Anthropos, Barcelona. (Hay una edición en inglés, publicada en Amsterdam por Rodopi en 1994.)
- Cirera, Ramón, Ibarra, Andoni y Mormann, Thomas eds. (1996), *El programa de Carnap: ciencia, lenguaje y filosofía*, Ediciones del Bronce, Barcelona.
- Deaño, Alfredo (1974), *Introducción a la lógica formal*, Alianza Universidad, Madrid.
- Deaño, Alfredo (1980), *Las concepciones de la lógica*, Taurus, Madrid.
- Díez, José Antonio y Moulines, Ulises (1998), *Fundamentos de filosofía de la ciencia*, Ariel, Barcelona.
- Fernández Moreno, Luis (2006), *La referencia de los nombres propios*, Trotta, Madrid.
- Fernández Moreno, Luis, ed. (2008), *Para leer a Wittgenstein. Lenguaje y Pensamiento*, Biblioteca Nueva, Madrid.
- Frápolti, María José, ed. (2009), *Filosofía de la lógica*, Tecnos, Madrid.
- Frápolti, María José, (2013), *The Nature of Truth*, Springer, Berlin.
- García Suárez, Alfonso (1976), *La lógica de la experiencia*, Tecnos, Madrid.
- García-Carpintero, Manuel (1996), *Las palabras, las ideas y las cosas*, Ariel, Barcelona.
- García-Carpintero, Manuel (2016), *Relatar lo ocurrido como invención*, Cátedra, Madrid.
- Garrido, Manuel (2017), *Filósofos y filosofía*, Tecnos, Madrid.
- Glock, Hans-Johann (2008), *What is Analytic Philosophy?* Cambridge University Press.
- González, Wenceslao (1986), *La teoría de la referencia: Strawson y la filosofía analítica*, Ediciones de las universidades de Salamanca y Murcia.
- Grice, Paul (1986), “Reply to Richards”, en *Philosophical Grounds of Rationality*, editado por Richrad Grandy y Richard Warner, Oxford University Press
- Hernández Iglesias, Manuel (1990), *La semántica de Davidson*, Visor, Madrid.
- Hernández Iglesias, Manuel (2004), *El tercer dogma*, Antonio Machado Libros, Madrid.
- Hierro, José (1970), *Problemas del análisis del lenguaje moral*, Tecnos, Madrid.
- Hierro, José (1976), *La teoría de las ideas innatas en Chomsky*, Labor, Barcelona.
- Mosterín, Jesús (1987), *Racionalidad y acción humana*, 2ª edición, Alianza Universidad, Madrid.

- Mosterín, Jesús (2000), *Conceptos y teorías en la ciencia*, 3ª edición, Alianza Universidad, Madrid.
- Moulines, C. Ulises (1973), *La estructura del mundo sensible*, Ariel, Barcelona.
- Moulines, C. Ulises (1982), *Exploraciones metacientíficas*, Alianza Universidad, Madrid.
- Moya, Carlos (1997), *Ensayos sobre libertad y responsabilidad*, Pre-Textos, Valencia.
- Moya, Carlos, ed. (2008), *Sentido y sinsentido: Wittgenstein y la crítica del lenguaje*, Pre-Textos, Valencia.
- Muguerza, Javier, ed. (1974), *La concepción analítica de la filosofía*, 2 volúmenes, traducción de Javier Muguerza, Alianza Universidad, Madrid.
- Pérez Fustegueras, Aurelio (1988), *La epistemología de Quine*, Fundación Juan March, Madrid.
- Pérez Carreño, Francisca, ed. (2013), *Estética*, Tecnos, Madrid.
- Pérez Otero, Manuel (1999), *Conceptos modales e identidad*, Edicions Universitat de Barcelona.
- Pérez Otero, Manuel (2006), *Esbozo de la filosofía de Kripke*, Montesinos, Barcelona.
- Prades, Josep L., ed. (2015), *Cuestiones de metafísica*, Tecnos, Madrid.
- Prades, Josep L. y Corbí, Josep L. (1999), *Minds, Causes, and Mechanisms*, Blackwell Publishers, Oxford.
- Quesada, Daniel (1974), *La lingüística generativo-transformacional: supuestos e implicaciones*, Alianza Editorial, Madrid.
- Quesada, Daniel, ed. (2009), *Cuestiones de teoría del conocimiento*, Tecnos, Madrid.
- Quine, Willard (1951/1962), *Desde un punto de vista lógico*, traducción de Manuel Sacristán, Ariel, Barcelona. Existe una edición posterior publicada por Paidós Ibérica, Barcelona, en 2002.
- Rivadulla, Andrés (1984), *Filosofía actual de la ciencia*, Editora Nacional, Madrid.
- Rivadulla, Andrés (1991), *Probabilidad e inferencia científica*, Anthropos, Barcelona.
- Rivadulla, Andrés (2003), *Revoluciones en física*, Trotta, Madrid.
- Rivadulla, Andrés (2004), *Éxito, razón y cambio en física*, Trotta, Madrid.
- Rivas Monroy, M. Uxía (1994), *El significado disgregado*, Novo Seculo, La Coruña.
- Russell, Bertrand (1956/1966), *Ensayos de lógica y conocimiento: 1901 – 1950*, traducción de Javier Muguerza, Taurus, Madrid.
- Simpson, Thomas Moro, ed. (1973), *Semántica filosófica: problemas y discusiones*, Siglo XXI Argentina Editores, Buenos Aires.
- Sneed, Joseph (1971), *The Logical Structure of Mathematical Physics*, Reidel, Dordrecht. (Edición corregida y ampliada en 1979.)
- Soames, Scott (2003), *Philosophical Analysis in the Twentieth Century*, volumen 1: *The Dawn of Analysis*, volumen 2: *The Age of Meaning*, Princeton University Press, Princeton y Oxford.
- Strawson, Peter (1969), *Introducción a una teoría de la lógica*, traducción de J. Ameller V., Nova, Buenos Aires.
- Zalabardo, José Luis (2012), *Skepticism and Reliable Belief*, Oxford University Press.
- Zalabardo, José Luis (2014), *Conocimiento y escepticismo*, UNAM, México.
- Zamora, Jesús (1996), *Cuestión de protocolo*, Tecnos, Madrid.
- Zamora, Jesús (2005), *Mentiras a medias*, Ediciones de la Universidad Autónoma de Madrid.